

# Lanzas, genes y proteínas: los orígenes del patriarcado

MASIEL HURTADO GONZÁLEZ

CARLOS ARIEL DÍAZ ABAD\*

## INTRODUCCIÓN

**H**OY EN DÍA ES INDUDABLE que se ha operado con relativo éxito la naturalización de ciertas prácticas y creencias que erigen al hombre como género hegemónico de lo humano. La observancia del patriarcado revela su propia mítica: la encarnación de la idea de que se trata de una institución natural e inquebrantable. Actualmente, la atmósfera generada por tales mitos atraviesa toda clase de instituciones y estructuras sociales, al punto de asumirse su presencia —en algunos círculos— como irremediable.

La modernidad (incluso en su pluralidad) desempeñó un rol relevante en este sentido. No sólo se construyó a sí misma como una época diferente, superadora y civilizada, sino que además ubicó al hombre en la cima de la jerarquía social. Con esto surgió un problema, afirma Almudena Hernando, y es que la clave de superioridad fue presentada como obra exclusiva de los hombres, “[...] quienes habían ido ocupando los trabajos especializados, habían inventado y manipulado las novedades tecnológicas o habían liderado y disputado las guerras”.<sup>1</sup>

Pero la historia, como bien sabemos, ha sido mucho más dinámica y compleja. El patriarcado se reestructuró con la modernidad, sí, pero no fue introducido por ésta. ¿Qué lo determinó? ¿Qué situaciones favorecieron y condicionaron su emergencia? Éstas son las preguntas que guían nuestro trabajo.

\* Dirigir correspondencia a e-mails: mhurtadoglez@gmail.com (Masiel Hurtado González) y cadiazabad@gmail.com (Carlos Ariel Díaz Abad).

<sup>1</sup> HERNANDO, 2007a, p. 168.

Explicar la omnipresencia del patriarcado a lo largo de tantos siglos y en tantas sociedades, ha supuesto todo un reto para el debate académico. En efecto, los orígenes del patriarcado han sido incontables veces estudiados con el fin último de analizar a profundidad los acontecimientos históricos que dieron lugar a su expansión, legitimación y consolidación, y los roles culturales asignados al hombre y a la mujer.

Es en este camino que el presente artículo sitúa la necesidad de desdibujar las fronteras entre ciencias sociales y naturales, y rescatar un enfoque más integral que dé cuenta tanto del papel que ha jugado la cultura como la biología en la vertebración del orden patriarcal. Sostenemos pues, que la división sexogenérica que ha privilegiado al hombre—en unos terrenos más que en otros—no es posible explicarla a partir de posturas eminentemente biologicistas pero tampoco culturalistas, que desconozcan la necesaria articulación de enfoques para la comprensión de la realidad. De igual forma, rechazamos perspectivas ideologizantes, acrílicas y fundamentalistas cuyas lógicas sean políticas más que científicas.

La emergencia del patriarcado es un hecho vigente *cuasi* desde los albores de la humanidad, mucho antes incluso de que fuera codificado en marcos jurídicos específicos o empezara a cobrar sentido la idea de civilización. Luego, al menos desde la revolución neolítica, como apunta Yuval Noah Harari, el patriarcado estaba consolidado.<sup>2</sup>

Otra reconocida autora, Sherry Ortner, apuntala esta idea al señalar que “el status secundario de la mujer dentro de la sociedad constituye un verdadero universal, un hecho pancultural”,<sup>3</sup> y es sobre esta base que el patriarcado constituye en sí mismo un hecho irrefutable y de probada existencia.

Desde el surgimiento del *homo sapiens*, nuestra biología tenía reservadas funciones específicamente al varón y a la hembra, que más adelante fueron engrosadas por medio de ejemplos de discriminación y conllevaron, de un modo u otro, la extensión del sistema patriarcal por casi todas las culturas hasta hoy identificadas.

La categoría patriarcado es altamente compleja por cuanto posee distintas acepciones culturales. A grandes rasgos, puede definirse como un

<sup>2</sup> HARARI, 2014, p. 138.

<sup>3</sup> ORTNER, 1979, p. 109.

sistema de relaciones sociales en el cual los hombres dominan a las mujeres. Tal dominación es ejercida por los varones tanto de manera individual como colectiva y se despliega en prácticamente todos los ámbitos de la vida social: la política, las relaciones sexuales, la economía doméstica, la remuneración salarial, las normativas morales y la cultura en su acepción más amplia.

Empero, pese a que puede considerársele un sistema común y mundialmente extendido de relaciones sociales, no es —como ha llegado a pensarse— una realidad eterna ni natural: no estamos predispuestos, como especie, a su hegemonía atemporal. Se trata, ante todo, de un producto sociocultural y, como tal, ha sido configurado en el devenir histórico. Desde luego, no hablamos de un sistema homogéneo: cada sociedad que lo adoptó, desarrolló rasgos específicos que lo tipificaron, al menos temporalmente.

De cualquier forma, el patriarcado se nos revela imponente y cuasi universal en el escenario mundial y en la historia de la humanidad, al menos desde el inicio del Holoceno. Asumimos como premisa elemental que dicha universalización no ocurrió por mero azar o por razones esotéricas que jamás podrán ser desveladas. Antes bien, consideramos que su comprensión no sólo es posible sino necesaria para nuestra especie en general.

Como es deducible, la idea de poder, control y superioridad masculina coloca en el camino un sinnúmero de interrogantes. ¿Es el hombre realmente superior a la mujer?, ¿en qué sentido?, ¿cómo se abrió camino y se colocó justo en el centro de un orden social tan duradero y relativamente exitoso?, y de vuelta al inicio: ¿qué lo estimuló a ser?

En este tenor, se propone un análisis en torno a la causalidad que subyace a dicha expansión global con el auxilio del instrumental teórico-metodológico del materialismo cultural y desde una perspectiva multidisciplinar. Para ello buscaremos, como ya adelantamos, el auxilio de la antropología, la sociología, la historiografía, la economía, la teología y también, para ser consecuentes con nuestra postura, la geografía, la biología, la psicología evolucionista, la etología y la ecología.

Naturalmente, nuestro análisis no podrá abarcar todo el globo terráqueo, sin embargo, como pretendemos una reflexión nomotética, las explicaciones no versarán de distintos estudios de caso, sino que la se-

cuencia evolutiva que tendremos por objeto deberá deducirse que se concentra en la región del Oriente Próximo, *grosso modo*.

## LA BATALLA DE LOS SEXOS

La biología no puede explicar todos los intrincados detalles de la sociedad o de sus dinámicas.<sup>4</sup> Pero es indudable que el sistema patriarcal tiene profundas raíces biológicas que merecen ser revisadas.

En 2014, Harari se preguntaba si la división entre hombres y mujeres era un producto de la imaginación o si realmente se trataba de una división “natural”.<sup>5</sup> Su pregunta, de larga data en el ámbito académico, nos lleva a la siguiente reformulación: ¿tuvo la biología alguna responsabilidad en el origen y universalización del patriarcado?

Comenzaremos nuestro análisis con el auxilio de las ciencias naturales. Una de las primeras variables que debemos examinar es la de las diferencias físicas entre ambos sexos. El término empleado en biología para tal variable es el de *dimorfismo sexual*.

Por dimorfismo sexual se entienden aquellas variaciones fenotípicas presentes entre ambos sexos de una misma especie. En este sentido, señala las diferencias físicas, tales como coloración, aditamentos, forma y, sobre todo, tamaño. En el mundo animal existen multitud de especies con marcado o atenuado dimorfismo sexual.

Por ejemplo, en la fauna abisal, el dimorfismo sexual favorece mayoritariamente a las hembras. En la especie *Melanocetus johnsonii* (Rape Abisal o Diablo Negro), la hembra alcanza los 20 centímetros de longitud, mientras que el macho, que en edad reproductiva se convierte literalmente en un apéndice de ésta, apenas llega a los 2 centímetros.<sup>6</sup> Sin embargo, en la clase Mammalia, la situación es a la inversa.

En los mamíferos suele ser el macho el sexo más grande y voluminoso y, en consecuencia, revela la etología, presenta comportamientos congruentes con estas ventajas físicas: a saber —y esto no es absoluto—,

<sup>4</sup> HARARI, 2014, p. 137.

<sup>5</sup> HARARI, 2014, p. 138.

<sup>6</sup> PIETSCH *et al.*, 2013, pp. 666-669.

agresividad, territorialidad o poliginia. Las hembras, según Richard Dawkins, habrían perdido la *batalla de los sexos*: “Es así como en los mamíferos, por ejemplo, la hembra es la que incuba al feto en su propio cuerpo, ella es quien fabrica la leche para amamantarlo cuando nace y la que carga con el peso de criarlo y protegerlo. El sexo femenino es explotado, y la base evolutiva fundamental para dicha explotación radica en el hecho de que los óvulos son más grandes que los espermatozoides”.<sup>7</sup>

En los homínidos,<sup>8</sup> el dimorfismo se mantiene con ciertas variables entre especies. Por ejemplo, en los australopitecos se estima que las hembras medían 105 centímetros y pesaban 30 kilogramos, mientras los machos alcanzaban los 135 centímetros y los 45 kilogramos.<sup>9</sup>

El dimorfismo sexual presente en el género *homo* ejerció presiones distintas en hembras y varones. Las hembras, menos pesadas y musculosas, y también de menor estatura, debían enfrentar con desventaja actividades como la caza mayor y la guerra. A la postre, éstas y otras destrezas fueron monopolizadas por los varones, más altos, veloces y fuertes. Salvo casos excepcionales, las disparidades físicas que presentaban un sexo y otro impusieron un orden natural de división del trabajo, cuestión en la que más adelante profundizaremos.

Hoy en día la especie *homo sapiens* no presenta un dimorfismo sexual tan marcado, pero eso no significa que esté ausente. En promedio los hombres miden 11 centímetros más que las mujeres, tienen mayor masa muscular, sus huesos son más pesados y, en consecuencia, la fuerza muscular de las féminas es  $3/4$  o  $2/3$  menor que la de los varones.<sup>10</sup>

La observancia de éstas y otras tantas diferencias físicas entre los sexos de la especie humana ha llevado a inferir, con cierta lógica, que también sus destrezas y capacidades son distintas. Si lo pensamos por un momento, es muy probable que en una carrera donde compiten hombre y mujer, el primero de ellos gane, salvo excepciones.

<sup>7</sup> DAWKINS, 1989, p. 163.

<sup>8</sup> Los homínidos son todas aquellas especies de homínidos que presentan postura erguida y locomoción bípeda.

<sup>9</sup> ARSUAGA y MARTÍNEZ, 1998, p. 86.

<sup>10</sup> HARRIS, 1990, p. 294.

Certezas de este tipo han operado también en el sentido de simplificar la importancia de la hembra frente al macho de la especie en disímiles cuestiones que rebasan, como se indicó antes, una simple competición de velocidad. Seguramente se aportaría muchísima evidencia para apoyar que las diferencias físicas son constatables y que influyen en toda una serie de cuestiones de gran envergadura; sin embargo, la reflexión que se impone es otra, ¿implica una menor fuerza física o una más baja estatura femenina, inevitablemente, la preeminencia masculina?

Las respuestas tradicionales a interrogantes de este tipo, pese incluso al enfoque de la pregunta, suelen desestimar la causalidad de orden biológico que subyace al origen del sistema patriarcal que queremos estudiar. Se concentran sobre todo en enfatizar que la diferenciación intergénero que privilegia al varón de la especie, tiene una alta dosis de material cultural.

Cultura aparte, en la naturaleza tenemos algunos ejemplos elocuentes de lo contrario. Por sólo citar el más familiar, los bonobos —chimpancés pigmeos—, con quienes compartimos más de 98% del código genético, siendo una especie con dimorfismo sexual (ligero) favorable a los machos, viven con una estructura “matriarcal”, a diferencia de los chimpancés comunes.

No obstante, nuestra especie, única de su tipo por ser biopsicosocial, ha desarrollado una enorme diversidad transmitida por enculturación, lo cual quiebra, como es archiconocido, el análisis etológico que bien podemos aplicar al resto del reino animal, amén de algunas voces disidentes, como la de Desmond Morris.<sup>11</sup>

La sociobiología más radical intenta subvertir este “dogma” de las Ciencias Sociales, sin embargo, tanto Edward Wilson —su *pater familias*— como Richard Dawkins, reconocen los límites de la genética para los estudios sociales: “Lo que esta asombrosa variedad sugiere es que la forma de vida del hombre está determinada, en gran medida, por la cultura más bien que por los genes”.<sup>12</sup>

Harari refuerza esta idea con el siguiente ejemplo: “Parir ha sido siempre cosa de mujeres, porque los hombres carecen de útero. Pero alrededor

<sup>11</sup> Véase MORRIS, 2012.

<sup>12</sup> DAWKINS, 1989, p. 187.

de esta cuestión dura y universal, cada sociedad ha acumulado capa sobre capa ideas y normas culturales que tienen poco que ver con la biología. Las sociedades asocian una serie de atributos a la masculinidad y a la femineidad que, en su mayor parte, carecen de una base biológica firme”.<sup>13</sup>

Así, las disparidades entre un sexo y otro, constatables en mayor o menor medida, y leídas en un ambiente hostil a la supervivencia como el que se tuvo hace miles de años, ofrecieron un escenario propicio para el establecimiento del patriarcado, aun si somos capaces de reconocer que no son las únicas responsables. La funcionalidad de la división natural del trabajo es clara toda vez que pensamos que garantizó, con relativo éxito, la supervivencia de la especie.

En efecto, desde hace quizás unos 35 000 años, en nuestra especie la selección natural quedó en segundo plano en relación con la selección cultural: apenas hemos cambiado desde entonces fisiológica o anatómicamente. Será pues con esta segunda categoría con la que debemos trabajar en aras de explicar el porqué de la universalidad del patriarcado.

### SELECCIÓN CULTURAL *VERSUS* SELECCIÓN NATURAL

Por selección cultural debemos entender el mecanismo objetivo y ciego, mediante el cual los rasgos culturales se transmiten extragenéticamente de generación en generación —enculturación—, en virtud de su aporte a la mejor adaptación de una población humana a su entorno, el cual comprende no sólo el medio ecológico, sino también económico, social, político, etcétera.

En este sentido, debemos descubrir por qué el patriarcado se vio favorecido universalmente por medio de la selección cultural. Pues bien, el dimorfismo sexual da parte de la respuesta al ser un factor primario. Los bonobos pudieron desarrollar pautas de comportamiento grupal “matriarcal” y “pacifista”, porque sus parientes, los chimpancés comunes —“patriarcales” y “agresivos”—, no conviven con ellos: de hecho, hay buenas razones para suponer que los bonobos desarrollaron su peculiar

<sup>13</sup> HARARI, 2014, p. 139.

*modus vivendi*, precisamente porque en su hábitat no existen ni aquéllos ni tampoco gorilas.<sup>14</sup>

En el *homo sapiens* pudo haber ocurrido algo análogo. Remontémonos al final del Pleistoceno, o al Paleolítico tardío si se prefiere. Hace 13 000 años las sociedades humanas, *grosso modo*, eran patriarcales o *gylánicas*:<sup>15</sup> sociedades matriarcales, pese a las elucubraciones de Bachofen, nunca ha habido según el registro histórico-etnográfico.<sup>16</sup>

Entonces la humanidad se estructuraba en sociedades comunitarias de bandas y aldeas, y sus modos de producción y reproducción se asociaban a la caza, la recolección y, en algunos casos, a la pesca. El poder, la capacidad de imponer la voluntad propia sobre la ajena, se distribuía de manera menos desigual entre ambos miembros de la especie que diez milenios después.

Tal distribución obedecía a una realidad ineludible: pese a la imagen común, las mujeres aportaban alrededor de 60% de las calorías consumidas diariamente por la comunidad.<sup>17</sup> La caza mayor, patrimonio casi exclusivo de los hombres, pese a sus innegables atractivos, tenía resultados demasiado inestables; eran pues la recolección y la caza menor las principales y más seguras fuentes de nutrición para los miembros de las sociedades comunitarias de bandas y aldeas.

Que los hombres se especializaran en actividades como la caza, no significa que las mujeres no estuvieran físicamente habilitadas para ésta. Pero, como afirma, Almudena Hernando, fue la complementariedad de funciones entre los dos sexos lo que constituyó la base normativa de sus relaciones sociales: “[...] el inicio de todas las trayectorias históricas debió caracterizarse por esa complementariedad, y esto estableció las bases para el surgimiento y desarrollo futuros de un orden social no igualitario, que es el orden patriarcal”.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> SOMMER *et al.*, 2010, pp. 469-470.

<sup>15</sup> *Gylánta* es un término popularizado por Marija Gimbutas que deriva etimológicamente del griego *gy-* mujer y *an* de *andros*-hombre, y designa la estructura social en la que los dos sexos mantienen una relación social igualitaria.

<sup>16</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 107; HARRIS, 2001, p. 141; LERNER, 1990, p. 37.

<sup>17</sup> LERNER, 1990, p. 27.

<sup>18</sup> HERNANDO, 2007b, p. 37.

Entre los atractivos innegables de la caza y, también, la principal razón para la inversión social de tanto esfuerzo y tiempo en ella, se explican a partir de la necesidad humana de consumir proteínas. Como es sabido, el consumo de paquetes concentrados e integrales de proteínas se halla cuasi exclusivamente en la carne, con excepción de la soya.<sup>19</sup>

La hominización dependió —al menos hace unos dos millones de años— del consumo sistemático de carne, principalmente carroña, permitiendo el incremento del tamaño cerebral sin afectar la tasa metabólica basal.<sup>20 21</sup> De ahí que la caza mayor, pese a sus muchos inconvenientes y los peligros que reportaba, gozara casi siempre de un alto prestigio y popularidad.

Sin embargo, dejando a un lado el aspecto nutricionista, la caza mayor introdujo una división natural del trabajo que tendría notables consecuencias a largo plazo.<sup>22</sup> Desde entonces, y antes de que apareciera la división social del trabajo, las tareas se repartieron de manera cuasi espontánea entre individuos de diferente sexo y/o edad.

Las razones por las cuales los hombres se especializaron en actividades económicas como la caza, en detrimento de las mujeres, son elocuentes. Veamos; la caza mayor implica un esfuerzo físico sostenido e intenso que las mujeres, con sus ciclos menstruales (asociados por lo regular a malestares corporales), embarazos, partos, obligaciones naturales de lactancia y su menor —aunque relativa— fuerza muscular, no estaban en condiciones de enfrentar con ventaja, al menos no en relación con el hombre promedio.

La potencia muscular masculina, como principio causal primario de la exclusión social de las féminas, ha sido desestimado por varios autores en la actualidad. La cuenta que sacan es que muchas mujeres pueden llegar a ser —y llegaron a ser, de hecho— tan fuertes, voluminosas o resistentes como algunos hombres. Pero nada de esto se cumple —o se cumplió— con regularidad, además de que cabe la posibilidad de que, al permitírsele a estas

<sup>19</sup> HARRIS, 1999, p. 35.

<sup>20</sup> La tasa metabólica basal o TMB es un índice que determina las necesidades energéticas mínimas de una persona para el correcto funcionamiento del organismo, como, por ejemplo, el desarrollo y funcionamiento de los órganos o la regulación de la temperatura corporal.

<sup>21</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 43.

<sup>22</sup> HURTADO, 2016, pp. 144-145.

mujeres “excepcionales” concursar en la guerra (por ejemplo), se hubiera puesto en peligro la uniformidad de la jerarquía sexual que privilegiaba a hombres, y no a mujeres.<sup>23</sup> Salvo escasos ejemplos, jamás ocurrió algo así.

Autores como Harari se basan también en que muchas tareas que no exigían una extraordinaria fuerza física (como el sacerdocio, la política, entre otras) terminaron siendo monopolizadas por el hombre, desestimando *a priori* que la potencia muscular jugara un papel relevante en la configuración de sociedades patriarcales: “Si el poder social se dividiera en relación directa con la fuerza física o el vigor, las mujeres tendrían una parte mayor del mismo”.<sup>24</sup>

Pero síntesis de este tipo, sincrónicas y descontextualizadas, ignoran que la supremacía masculina comenzó a configurarse milenios antes de que surgieran las primeras civilizaciones, y desde entonces se ha reestructurado e intensificado. La potencia muscular masculina, sin que tengamos que verla como directamente proporcional al éxito de la institución patriarcal, proporcionó una invaluable ventaja en el pulso histórico que debieron librar con las féminas. Por tanto, cuando surge una institución como la Iglesia, lo hace sobre siglos de evolución del patriarcado.

Que el hombre se desempeñara con mayor frecuencia en actividades como la caza mayor no sólo tuvo que ver con el rango de destrezas ejercitables, sino también con la disponibilidad de tiempo para dedicarse a diferentes labores; situación de la que, según se ha planteado en otras investigaciones, tomaron ventaja los hombres. Al respecto, Pepe Rodríguez nos brinda una descripción bastante certera: “Dada la gran movilidad territorial que requiere esta actividad, especialmente si se trataba de grandes mamíferos, y las limitaciones que debían tener las hembras adultas —preñadas y/o al cuidado de las crías—, esta actividad pasó progresivamente a manos de los machos”.<sup>25</sup>

Lo más práctico resultó pues, que los varones se entrenaran para la caza mayor, actividad que, aunque resultaba poco estable y fortuita, detentaba un gran prestigio social, economía mediante.

<sup>23</sup> HARRIS, 1986, p. 54.

<sup>24</sup> HARARI, 2014, p. 148.

<sup>25</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 110.

En algunos trabajos se maneja la tesis de que al ser la caza mucho más peligrosa entonces, su contribución productiva debió ser mejor valorada por los miembros de las sociedades. Luego, como ya vimos, el valor simbólico y nutricional de las presas era muy superior al de los productos recolectados por las féminas; lo que dio margen no sólo al ensalzamiento de las aptitudes requeridas para la caza, sino también al de la figura del hombre como protagonista de la misma.

Luego, en caso de guerra, serían precisamente los cazadores consumados con sus lanzas, hachas, cuchillos de obsidiana, hondas y, posteriormente (ya en el Mesolítico o Epipaleolítico), arcos y flechas, quienes coordinarían y monopolizarían los esfuerzos bélicos.

La guerra, vinculada naturalmente a las actividades cinegéticas, concedió a los hombres una sólida plataforma para incrementar sus cuotas de poder en el seno de las antiguas sociedades tribales. De tal forma, la fuerza muscular conjuntamente con otras capacidades adquiridas, otorgó al hombre un “arma de dominación” sobre el sexo menos comprometido en el arte de la guerra.

Es frecuente hallar relatos, no obstante, que destacan cuerpos militares femeninos y sus excepcionales habilidades bélicas. Allí aparecen mujeres sármatas, escitas, caribes y también vikingas, así como las féminas de Agadya (antiguo Reino de Dahomey) que realizaban labores de guardia personal.<sup>26</sup> Tales testimonios, sin embargo, no admiten que se acepte en clave histórica y/o antropológica, que hayan sido las mujeres tan aptas para la guerra como lo fueron los hombres.

La aptitud para la guerra exigió no sólo un alto rendimiento físico, sino también la separación por periodos, a veces muy prolongados, de la tribu y, quizás, tiempo para el entrenamiento.

Almudena Hernando enfatiza en el hecho de que la fragilidad de la prole en la especie humana es tan alta en los primeros años de vida, y su alimentación y cuidados dependen tanto de la madre, que las sociedades minimizaron riesgos apartando a las mujeres del ejercicio bélico. Esto explica, según nos dice Hernando, que terminaran asumiendo tareas menos

<sup>26</sup> HARRIS, 1990, p. 302.

arriesgadas y que su menor movilidad implicara dentro de la especie humana una distribución de funciones entre los sexos.<sup>27</sup>

Luego, la complejidad del hombre (más fuerte, rápido y resistente en comparación a la mujer); su experiencia en actividades como la caza mayor (que le facilitaron desarrollar habilidades muy específicas como el tiro certero), y también el compromiso meramente formal con los requerimientos alimenticios de la prole recién nacida, dieron razones al hombre para abocarse a la tarea de proteger y defender a su par genérico y mostrarse idóneo para la guerra.

Desde su condición de antropóloga, Françoise Héritier dictamina que la fragilidad que muestra la mujer recién parida, embarazada o encargada de la prole, no implica *ipso facto* la sujeción;<sup>28</sup> sin embargo, es innegable la correlación entre la vulnerabilidad de la hembra en esos momentos particulares, donde se configuraban y normaban las relaciones sociales, y la dependencia del sexo femenino respecto a los varones, tomando en cuenta además las actividades para la que éstos se mostraban más aptos.

La cuestión de aptitud se genera aquí en términos empíricos, es decir, hasta hoy todas las investigaciones apuntan a que fueron los hombres, y no las mujeres, los que pudieron desarrollar tales competencias en estadios primarios del desarrollo civilizatorio. Todos los ejemplos que lo niegan, aun en términos relativos, o bien son posteriores, o bien no pasan de ser un puñado de casos exóticos, cuestionables por demás, como los que vimos anteriormente.

Por otra parte, existe una correlación directa entre la intensidad y sistematicidad de la guerra y el poder masculino. En sentido general, mientras mayor fue el esfuerzo bélico de una tribu, mayor fue la cuota de poder de sus hombres, así como el grado de subordinación femenina. Así, las razones por las cuales los hombres fueron seleccionados culturalmente para desempeñarse como cazadores, serían virtualmente las mismas por las cuales serían seleccionados culturalmente como guerreros.

En un breve paréntesis, apuntaremos que el poder puede aquí entenderse como la posibilidad que tuvieron estos grupos de varones de forzar a mujeres a cumplir sus deseos, gracias principalmente al impacto de su apor-

<sup>27</sup> HERNANDO, 2007b, p. 37.

<sup>28</sup> HÉRITIER, 2007, p. 14.

tación económica. En tanto lograron legitimar sus actos y alcanzar consensos, el poder mutó a otras formas como las de liderazgo y autoridad: pilares simbólicos en el arte también de la guerra.

Las bandas y aldeas cedieron a la guerra no por impulso genético, sino por necesidad práctica: compiten en un juego de suma cero. Los recursos naturales, sobre todo los cotos de caza y recolección, operan como valores finitos. Esto quiere decir que su agotamiento, sea por desequilibrios ecológicos o sobreexplotación, fruto de presiones demográficas, generó inevitablemente conflictos. De cualquier modo, su principal medio de resolución no pudo ser otro que la guerra.

Así como los grupos de chimpancés pigmeos con su “proto-cultura matriarcal y pacifista” no pueden competir con éxito ante los grupos de chimpancés comunes con su “proto-cultura patriarcal y violenta”, de la misma forma aquellos grupos humanos que no optaron por entrenar a los hombres como cazadores y guerreros consumados, fueron eliminados o aislados por medio de la selección cultural; razón por la que se tiene hoy en día muy poco conocimiento al respecto.

Muy elocuente resulta en este sentido que grupos matrilineales y altamente igualitarios —*gylanía*—, hayan sobrevivido hasta la actualidad pero en condiciones de aislamiento. La etnia mosuo, por ejemplo, lo ha hecho con su peculiar estructura poliándrica gracias a su “inaccesible” ubicación en el lago Lugu, en la banda oriental del macizo montañoso tibetano. No obstante, es un hecho que la cultura patriarcal abolió los últimos vestigios de matrilinealidad desde el Paleolítico Superior.<sup>29</sup>

De igual forma, parece existir una estrecha vinculación entre las relaciones tecnoecológicas y tecnoeconómicas y las relaciones de parentesco y filiación: “La matrilinealidad es idealmente un sistema abierto que dispersa, en lugar de consolidar, sus fuentes potenciales de poder: sus varones. Este tipo de adaptación parece darse cuando los recursos son iguales o superiores a los necesarios para satisfacer las necesidades de la población existente, y cuando la competencia entre las comunidades que habitan en el mismo enclave no existe o es infrecuente”.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 16.

<sup>30</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 113.

Sin embargo, más de 75% de las sociedades humanas estudiadas presentan estructuras sociales patrilineales y patrilocales: “La razón de ello estriba en que, entre las sociedades aldeanas, las actividades de caza, guerra y comercio son monopolio de los varones. El énfasis en la coresidencia de padres, hermanos e hijos y la formación de grupos de interés fraterno resulta ventajoso para el desarrollo de estas actividades”.<sup>31</sup>

Hasta aquí hemos ceñido nuestro análisis de la humanidad a un estadio primitivo, de economía de apropiación: caza, recolección y pesca. Sin embargo, la revolución neolítica, como proceso de cambio hacia una economía de producción —agricultura y ganadería—, transformaría significativamente las relaciones de género, al servir de pábulo para un incremento y un desarrollo acelerado del patriarcado.<sup>32</sup>

## LA REVOLUCIÓN NEOLÍTICA Y EL ASCENSO DEL PATRIARCADO

Los cambios climáticos y ambientales ocurridos tras el fin del último periodo glacial, esto es, en los albores del Holoceno, propiciaron probablemente un crecimiento demográfico y un agotamiento de los recursos cinegéticos y silvestres.

Luego, en consecuencia, la selección cultural operó para que los antiguos pueblos neolíticos que se enfrentaron a la presión demográfica y la escasez de alimentos se decantaran por una economía de producción, para la cual contaban, en muchos casos, con los conocimientos acumulados por generaciones anteriores. Según Mark Nathan Cohen: “No es la ignorancia, sino más bien la falta de necesidad, lo que impide a algunos grupos hacerse agricultores [...] la agricultura no es más fácil que la caza y la recolección, y no ofrece una base alimentaria de más calidad, ni más agradable, ni más segura. La agricultura solo presenta una ventaja [...]: la de proporcionar más calorías por unidad de tierra por unidad de tiempo, y por lo tanto sustentar a poblaciones más numerosas [...]”<sup>33</sup>

<sup>31</sup> HARRIS, 2001, p. 79.

<sup>32</sup> CHILDE, 1972, pp. 65-66.

<sup>33</sup> Citado por MOREIRA, 2008, p. 53.

Dicha evolución económica trajo consigo una consecuencia necesaria: mientras más dependiente se hacía una comunidad a la producción agrícola, más dependiente se hacía al trabajo masculino y más dependientes se tornaron las mujeres.

Cabría preguntarse aquí las razones de tal silogismo, dado que seguramente fueron las mujeres (con su vasta experiencia en la recolección de frutos, semillas, tubérculos y demás, lo mismo que los hombres en relación a la caza mayor) más propensas a desarrollar conocimientos agrícolas.

De hecho, casi no se albergan dudas de que los saberes y observaciones hechos por las mujeres durante miles de años que ejercieron como recolectoras, aportarían los rudimentos necesarios para el surgimiento de la agricultura. Según lo recapitula Pepe Rodríguez: “[...] baste recordar que en esos días la división del trabajo comunal en función de los géneros estaba muy desarrollada; así, mientras que la caza de grandes mamíferos (cierros, renos, cabras montesas, mamuts, osos y demás fauna septentrional) era realizada prioritariamente por los varones, las mujeres se encargaban de recolectar vegetales, precedente de la agricultura [...]”<sup>34</sup>

En realidad, las mujeres fueron capaces de llevar una vida activa como productoras, especialmente en aquellas comunidades donde ésta era una actividad regular y de gran peso económico.

No obstante, debido a que su desempeño no era cualitativamente superior al que mostraban los hombres y a que las faenas más difíciles y pesadas no podían realizarlas con la misma efectividad que los hombres, terminaron siendo relegadas a un plano cada vez más hogareño (a lo cual coadyuvó la sedentarización propiciada por la agricultura). Esto redujo no sólo su implicación en una actividad de creciente importancia, sino que además limitó sus posibilidades de interrelacionarse, de desarrollar aprendizajes fundamentales y su estatus fuera del domicilio familiar.<sup>35</sup>

Con base en tales discernimientos, es posible afirmar que las mujeres representaron en proporción una fuerza de trabajo agrícola sustancialmente menor que los hombres. La razón última, otra vez, debemos hallarla en el dimorfismo sexual.

<sup>34</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 42.

<sup>35</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 196.

Esto no quiere decir, como señala Hérítier, que la exoneración de la mujer de estas labores fuera un efecto de la naturaleza, pero sí que ésta la posibilitó. Por tanto, nuestros lejanos ancestros, a partir de los datos que les proveían los sentidos —el reconocimiento de la diferencia sexual— se volvieron fundadores de un orden social que hasta hoy ha permanecido...<sup>36</sup>

De cualquier forma, la mayor fuerza muscular de los hombres fue necesaria para desbrozar los terrenos donde se cultivaría (según el sistema de roza, imperante en un inicio) y, en consecuencia, en la medida en que los trabajos hortícolas y agrícolas se endurecían y se hacían más fatigosos y pesados, más relevancia cobraría el trabajo masculino, con sus respectivas dosis de incremento de poder.

Cambios medioambientales y/o el aumento de la presión demográfica exigieron así una gradual incorporación del varón a las labores agrícolas, las que debió asumir posteriormente si no total, sí mayormente.

Por ende, podemos servirnos del criterio de Hérítier cuando nos dice que: “la valencia diferencial de los sexos está presente en el origen de lo social”,<sup>37</sup> aun cuando no fue lo determinante en la acentuación del orden patriarcal en los siglos venideros.

La patrilinealidad, la patrilocalidad y el patriarcado se expandieron entonces conjuntamente a las nuevas actividades económicas, dado que resultaron más prácticos y funcionales para las mismas, amén que incrementaron la competencia intergrupal e intragrupal. De igual modo, dicho sistema social debilitó la unión familiar de las féminas al dispersarlas en diferentes casas familiares regidas por varones.

Desde luego, dicha dispersión coadyuvó a incrementar su inseguridad, así como su explotación y vigilancia en el seno de una familia ajena que, por lo demás, tendería inexorablemente a defender los intereses del esposo (miembro consanguíneo de la familia de acogida) en detrimento del caduco igualitarismo genérico y del tradicional trabajo cooperativo.

La teoría de la alianza de Claude Lévi-Strauss permite (en sintonía con el principio de selección cultural) comprender mejor el cuadro histórico-

<sup>36</sup> HÉRITIER, 2007, p. 15.

<sup>37</sup> HÉRITIER, 2007, p. 18.

etnográfico que intentamos describir. *Grosso modo*, dicha teoría ha explicado que las tribus establecieron el tabú del incesto y la exogamia como mecanismos de conservación y supervivencia: la generalización del intercambio de mujeres asegura la configuración de una red de alianzas que permite la reproducción tribal.<sup>38</sup>

Por otro lado, el intercambio de mujeres resolvía, sobre la base de la reciprocidad entre diversas comunidades, la disponibilidad de mujeres que pudieran procrear: alianza y reproducción estaban así fundidas.

Dicho de otro modo, la selección cultural favoreció a aquellas tribus que practicaron la exogamia y establecieron tabúes sexuales como el incesto, porque ello rompió su aislamiento y creó vasos comunicantes con otras tribus que de lo contrario serían potencialmente hostiles. Luego, aquellas tribus que no se incorporaron a dicho circuito fueron eliminadas a través de la guerra o relegadas a ambientes poco atractivos.

Nos interesa resaltar en este punto que las alianzas se establecían a través del intercambio de mujeres, principalmente. Probablemente se intercambiaban féminas y no hombres porque las primeras eran relativamente más fáciles de controlar, y porque además contaban con un valor añadido a su capacidad productiva: su capacidad reproductiva.

Una de las grandes paradojas de la reproducción sexual es que los machos de las especies apenas contribuyen en la producción de crías. En el ser humano no ocurre distinto: si bien a ésta se le considera uno de los valores cuasi exclusivo de las féminas (a excepción del requerimiento de esperma), es también una de las capacidades en que se vio limitado su poder frente a los hombres.

Mientras que los hombres no menstrúan, no atraviesan por periodos más o menos largos de gestación y tampoco están dotados biológicamente para la lactancia, las mujeres sí. En consecuencia, se entiende que su “compromiso” reproductivo es no sólo valioso, sino mayor que el de los varones. Con el tiempo, incluso, este “bien mueble” en posesión de la mujer fue perdiendo prestigio frente a los excedentes productivos que dieron paso a un nuevo orden socioeconómico.

<sup>38</sup> BOHANNAN y GLAZER, 2008, p. 439.

En efecto, según Hérítier, las mujeres fueron prontamente desapropiadas de su fecundidad por medio del intercambio generalizado de mujeres: “La regla social de la exogamia convirtió al intercambio de estos ‘recursos humanos’ tan útiles en un deporte tan apasionado y estratégico como la guerra o la depredación, sin que la mujeres perdieran en el asunto su carácter de botín”.<sup>39</sup>

Pero antes, el intercambio generalizado de mujeres, que implicaba tratar también su valor procreativo, y su obtención como recompensa social en un sistema competitivo y jerarquizado, coadyuvaron con toda seguridad a su cosificación y subordinación: para las féminas, *alea jacta est*.

De esta forma, el destino de las mujeres estuvo signado por las capacidades inherentes a sus cuerpos, y no sólo por aquéllas que las hacían menos diestras frente a los hombres. El hecho de que los hombres debieran “pasar por las mujeres para reproducir a su igual” implicó, al decir de Hérítier, la apropiación y el avasallamiento de estas últimas y su consecuente inferiorización.<sup>40</sup>

Este proceso, que tardó varios miles de años en completarse, se desarrolló a la par de los cambios en la organización del parentesco y de las relaciones económicas, de la instauración de una burocracia religiosa y estatal, e incluso del giro que dieron las cosmogonías con la ascensión de dioses masculinos.

A tono con el mismo, el último cambio tecnoeconómico que contribuyó a profundizar y consolidar el patriarcado fue la agricultura intensiva de cereales con el auxilio de arados tirados por animales en las edades de Bronce y de Hierro. Dado que guiar los pesados arados metálicos requiere de un esfuerzo físico sostenido e intenso, fueron preferencialmente los hombres quienes se ocuparon de tal tarea.

Esta apreciación, al decir de Pepe Rodríguez, sirve también para explicar “la aniquilación de la Diosa”, su pérdida de autonomía, importancia y poder simbólico, al tiempo que pasaba a ser víctima de un universo cambiante en el que de manera progresiva, y sin prácticamente resistencia, los

<sup>39</sup> HÉRITIER, 2007, p. 21.

<sup>40</sup> HÉRITIER, 2007, p. 25.

hombres se hicieron del control de los medios de producción materiales y culturales, así como de la guerra.<sup>41</sup>

De vuelta a la idea anterior, decíamos que ahí donde las condiciones ecológicas y económicas requerían y posibilitaban el empleo de arados, el patriarcado (a modo de superestructura) medró porque se ajustaba mejor a la infraestructura y estructura de la sociedad involucrada en aumentar la producción agropecuaria y garantizar su supervivencia y reproducción sostenidas.

Siguiendo la lógica de las corrientes materialistas, los varones han podido ejercer la autoridad porque lograron apropiarse del control de la producción y de la distribución de alimentos y excedentes productivos.

Podría parecer simplista y exagerada la afirmación, pero Marvin Harris ofrece, desde una óptica evolutiva, argumentos persuasivos para su asimilación:

Al aprender a arar, los varones aprendieron a uncir y conducir bueyes. Con la invención de la rueda, pudieron disponer de carros y carretas. Con estos medios de transporte, no tardarían en monopolizar las actividades mercantiles y comerciales. A medida que el comercio y las finanzas cobraban importancia, hizo falta llevar registro de los intercambios y préstamos, por tanto, serían los hombres los inventores de la escritura y la aritmética [...]<sup>42</sup>

No necesitamos continuar prolongando la secuencia lógica de tal evolución, habida cuenta que, como tal, nos revela el rastro dejado y nos permite vislumbrar el resto de los pasos dados. El monopolio masculino sobre las artes, la guerra, las ciencias, el comercio y la filosofía, acusa pues una misma causalidad, sea secuencial o no.

Finalmente, con el surgimiento de la civilización, el Estado y la religión organizada, el rol femenino quedó meridianamente pautado: la asimetría y la desigualdad se impusieron, codificaron y legitimaron en el “nuevo orden mundial”. Naturalmente, existieron sociedades estatales como la Creta minoica donde las mujeres, debido a peculiares condiciones geográficas, infraestructurales y estructurales, aún gozaron de un

<sup>41</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 16.

<sup>42</sup> HARRIS, 1990, p. 348. [La cita ha sido modificada ligeramente para ganar en claridad.]

elevado sitial en la sociedad y disfrutaron de amplias cuotas de poder y paridad (sobre todo las aristócratas).

Empero, la selección cultural suele ser tan implacable como la selección natural: el decurso del tiempo oteó la extinción de tales sociedades, la mayoría de las veces, víctimas de invasiones de pueblos y Estados patriarcales expansionistas. La Era de la *gylanía*, la matrilinealidad y el culto a la Diosa fenecería pues ante la inundación del patriarcado, la patrilinealidad y el culto a Dios,<sup>43</sup> acompañados de la economía de producción, los arados pesados y la guerra sistemática.

No es sostenible la idea, pese a todos los fervores que despierta este tema, que tras el proceso de creciente marginación de las féminas se haya producido una especie de “contubernio” masculino. Toda teoría conspiratoria en torno a la evolución cultural sería aquí rechazada. Antes primaron principios tales como la optimización y la eficacia productiva, y luego (sin afanes maquiavélicos), se fueron éstos acompañando de “[...] una ‘inclinación ideológica’ que subrayó la incapacidad de las mujeres para hacer frente a distintas actividades, ya fueran físicas como intelectuales; y la supuesta necesidad de ser supervisadas y protegidas en todo momento [...]”<sup>44</sup>

La guerra patriarcal se libró, como vemos, no sólo a un nivel físico, sino también psicológico y social, y entenderla es un elemento clave para analizar en el presente la dominación que todavía ejercen los hombres en disímiles escenarios.

Sin embargo, lo que otrora fuese funcional para la supervivencia social, hoy, ante el imperativo ético, queda desecho y se nos antoja contraproducente y extemporáneo. En la actualidad el patriarcado no puede sostenerse, ni productiva, ni ideológica, ni éticamente.

En primer lugar, las diferencias físicas no pueden constituir pretexto para la discriminación, máxime cuando las mujeres han demostrado ser perfectamente competentes en todos los ámbitos de la realidad: no se requieren 11 centímetros más de estatura o una fuerza excepcional para conducir, fotografiar, escribir en una *laptop*, disparar un rifle de asalto u operar en el quirófano; como tampoco se ha verificado que las diferencias físicas entre

<sup>43</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 114.

<sup>44</sup> RODRÍGUEZ, 1999, p. 197.

el cerebro de la hembra y el varón de la especie denoten mayores aptitudes intelectuales para cualesquiera de los dos casos. En resumen, la Era digital ha destruido virtualmente los antiguos fundamentos de la Edad de Hierro.

“Lo biológico”, confundido a veces con “lo natural”, si bien apunta a ser un buen punto de inicio para explicar el origen del patriarcado, no puede por sí mismo sostener toda la historia de la dominación masculina; mucho menos servir de peón para apañarla. Luego, de lo que se trata no es de validar esa dominación, sino de dilucidar causas que nos permitan desnaturalizar prácticas y discursos a ella asociada.

En segundo lugar, aquellos elementos legitimadores del patriarcado que aún sobreviven, especialmente los religiosos, son comprensibles por el contexto histórico-cultural en que emergieron. Mas una exégesis de los textos sagrados que sea consecuente y tome en cuenta tales condicionamientos, debería arrojar un resultado favorable a la paridad de género.

Finalmente, el patriarcado tiene un alto costo no sólo para las mujeres, sino también para los hombres, ¿no tienen acaso los hombres una esperanza de vida menor en relación a las mujeres?, ¿no presentan acaso tasas de suicidio, estrés, alcoholismo, tabaquismo, drogadicción, accidentes automovilísticos y ataques cardíacos mayores que las féminas? En efecto, aquí se recogen algunas de las razones por las que han proliferado grupos de hombres antipatriarcales o profeministas.

Una vez más, los datos históricos nos revelan que sólo pueden sobrevivir y ser funcionales aquellas instituciones que, en la misma medida en que son útiles, sirven para legitimar un sistema social imperante. En este sentido, la eliminación del patriarcado no sólo es éticamente provechosa y justa, sino también necesaria para una vida social más plena y saludable.

## CONCLUSIONES

El patriarcado no se impuso por casualidad de manera cuasi universal en la historia reciente del planeta —Holoceno—; antes bien, una conjugación de factores ecológicos, demográficos, económicos y tecnológicos contribuyeron a su desarrollo y expansión.

Empero, en última instancia y como eslabón último de una larga y compleja cadena causal, sería el dimorfismo sexual la base para dicha

universalización. Desde luego, las diferencias físicas entre ambos sexos de nuestra especie no explican, por sí solas, el machismo, el infanticidio femenino y la poliginia, pero constituyen *conditio sine qua non* para su comprensión última.

La definición precisa de cómo se aprovecharon estas diferencias, como bien afirma Harari, varía de una cultura a otra, pero es bastante seguro que exista alguna razón biológica universal por la que casi todas las culturas han tendido a exaltar la figura del hombre.<sup>45</sup> A futuro, las diferencias intersexos no deben significar lo que significaron para nuestros antepasados.

La selección cultural favoreció a aquellas sociedades que apostaron por entrenar a los varones para la caza mayor y la guerra, y dicho monopolio concedió a los hombres una plataforma óptima para el incremento de sus cuotas de poder. Ahí donde la presión demográfica y el agotamiento de recursos naturales espolearon los conflictos intertribales, el patriarcado competitivo, guerrero y expansionista se reveló no sólo funcional, sino indispensable para la supervivencia grupal.

Con el arribo de la economía de producción y, sobre todo, del empleo de arados pesados de metal y carros de combate, la hegemonía masculina se consolidó. La selección cultural volvió a favorecer a las sociedades patriarcales, esta vez más populosas y ricas, que eliminaron, esclavizaron, colonizaron o aislaron en remotos ambientes a los grupos humanos que no escogieron o no pudieron escoger dicha senda evolutiva.

Luego, en la Era de la civilización, las artes, las ciencias, las religiones, las leyes y el universo cultural como un todo, forjaron poderosamente el sistema patriarcal, el cual se vio legitimado y reproducido incluso por el género femenino. Sin embargo, hoy en día el patriarcado no sólo ha dejado de ser funcional, sino que ha sido desvelado como un arma de doble filo lacerante para la dignidad humana y para la existencia plena de las personas: nos corresponde pues, superarlo.

<sup>45</sup> HARARI, 2014, p. 147.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARSUAGA, Juan Luis e Ignacio MARTÍNEZ  
 1998 *La especie elegida*, Ediciones del Bronce, Barcelona, 448 pp.
- BOHANNAN, Paul y Mark GLAZER  
 2008 *Antropología. Lecturas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 570 pp.
- CHILDE, Gordon  
 1972 *¿Qué sucedió en la historia?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 294 pp.
- COHEN, Claudine  
 2011 *La mujer de los orígenes*, col. Feminismos, Ediciones Cátedra, Madrid, 208 pp.
- DAWKINS, Richard  
 1989 *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*, 2a. ed., Salvat Editores, Barcelona, 407 pp.
- DIAMOND, Jared  
 2007 *El tercer chimpancé. Origen y futuro del animal humano*, Random House Mondadori, México, 541 pp.
- HARARI, Yuval N.  
 2014 *De animales a dioses: breve historia de la humanidad*, Editorial Debate, Barcelona, 496 pp.
- HARRIS, Marvin  
 1986 *Caníbales y reyes. Los orígenes de la cultura*, Salvat Editores, Barcelona, 275 pp.  
 1990 *Nuestra especie*, Alianza Editorial, Madrid, 610 pp.  
 1999 *Bueno para comer. Enigmas de alimentación y cultura*, Alianza Editorial, Madrid, 400 pp.  
 2001 *Antropología cultural*, 3a. ed., Alianza Editorial, Madrid, 655 pp.
- HÉRITIER, Françoise  
 2007 *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 379 pp.
- HERNANDO, Almudena  
 2007a “Sexo, Género y Poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del Género”, *Complutum*, vol. 18, pp. 167-174.  
 2007b “Mujeres, Identidad y Modernidad”, en *VI Congreso Chileno de Antropología*, Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, pp. 34-43.
- HURTADO, Masiel  
 2016 “Genes, roles y economía: los orígenes de la supremacía masculina”, en Ramón Rivero (comp.), *Masculinidades. Ensayos histórico-sociales*, Editorial Cenesex, La Habana, pp. 143-152.

- LERNER, Gerda  
 1990 *La creación del patriarcado*, 2a. ed., trad. del inglés por Mónica Tusell, Editorial Crítica, Barcelona, 127 pp.
- MEILLASSOUX, Claude  
 1975 *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 204 pp.
- MOREIRA, Lilián  
 2008 *Historia Antigua*, t. 1, Editorial Félix Varela, La Habana, 452 pp.
- MORRIS, Desmond  
 2012 *El mono desnudo*, Ediciones Debolsillo, Barcelona, 272 pp.
- ORTNER, Sherry  
 1979 “¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?”, en Olivia Harris y Kate Young (comps.), *Antropología y feminismo*, Editorial Anagrama, Barcelona, pp. 109-131.
- PIETSCH, Theodore *et al.*  
 2013 “Sexual Parasitism in the Deep-sea Ceratioid Anglerfish *Centrophryne spinulosa* Regan and Trewavas”, *Copeia*, núm. 4, pp. 666-669.
- RODRÍGUEZ, Pepe  
 1999 *Dios nació mujer*, Ediciones del Bronce, Barcelona, 235 pp.
- SOMMER, Volker *et al.*  
 2010 “Patriarchal Chimpanzees, Matriarchal Bonobos: Potencial Ecological Causes of a Pan-dichotomy”, en Volker Sommer (comp.), *Primates of Gashaka*, New York, Springer, pp. 469-501.